

## El doble objeto de la antropología<sup>1</sup>

*María Laura Méndez*

El pasaje de la naturaleza a la cultura no se manifiesta como hecho empírico, es inaprensible para la conciencia; sólo se pueden ver sus efectos, la aparición de un orden distinto al de la naturaleza que, incluyéndola, se separa de ella. Este orden no se rige por la ley de determinación interna, propia de los instintos genéticamente heredados. El lazo con la naturaleza queda roto, sirve de soporte al nuevo orden, pero no le imprime su dirección.

Si se considera al instinto como la tendencia de un cuerpo hacia un objeto, ésta es la que queda coartada en el hombre, se fractura, no tiene una dirección fija, segura y predeterminada. Ya no tiende más a un objeto único mediante el cual quedan satisfechas sus necesidades. Dijo Heráclito: "Si la felicidad estuviera en los deleites del cuerpo, llamaríamos felices a los bueyes cuando encuentran legumbres para comer"<sup>2</sup>. Es decir, este camino está roto, no podemos saber cuál es el objeto que buscamos, ninguno colma ni satisface plenamente.

Este hecho convierte a la especie humana en "especie errante"<sup>3</sup>. Especie que busca incesantemente ese objeto que ocupe el lugar faltante y convertida en una especie productora de objetos infinitos, símiles que intentan vanamente la forma ideal de ese objeto inalcanzable.

Este efecto aparece como consecuencia de la instauración de una ley externa, expresa: "la prohibición del incesto". Por un lado, ésta se convierte en una marca que hace del mundo humano un mundo heterogéneo, donde los objetos devienen signos por estar siempre en lugar de otra cosa, y portadores de valor, lo que los hace intercambiables. Por otro, genera una brecha sin cubrir, un abismo insondable.

Esta fractura del instinto, de la que hicimos mención, deja también un espacio vacío. El vector único se interrumpe y surgen de él infinitos caminos hacia múltiples direcciones.

Este complejo proceso de pasaje de la naturaleza a la cultura tiene un punto ciego imposible de conceptualizar; imposible, dice Lévi-Strauss, de rastrear científicamente, pero en el que se inscriben todas las interpretaciones posibles.

Si la Biología no nos puede responder a la pregunta “¿qué es la vida?”, la Antropología tampoco puede certeramente responder sobre que es esta complejización de la vida en una especie que llamamos humana. Esta especie, que es conciente, hasta cierto punto, de su diferencia, la traduce en la posibilidad de preguntar, por no ser, como las otras, poseedora de un saber. Este hecho que la hace actuar por ensayo le permite conocer tentativamente mientras transforma sin cesar intentando nuevas formas.

Este pasaje, por otro lado, tiene efectos en cada uno de los individuos que se insertan en el nuevo orden intentando convertirse en sujetos. Es decir, aceptando la pesada carga de ser un resultado del atravesamiento de este orden al que ingresan sin proponérselo y ser, de ahí en más, hablados por él.

Esto da lugar al desarrollo paralelo de la existencia en dos tiempos. Uno, lógico-estructural, que signará todos los acontecimientos de los hombres y de los pueblos, y otro, cronológico-irreversible, que crea la ilusión de una evolución y de un crecimiento. Repetición y acumulación se presentan simultáneamente, sincronía y diacronía se vuelven inseparables.

El primero de estos tiempos es la manifestación de esa estructura permanente de pasaje, conceptualizada por el psicoanálisis como estructura edípica. Esta servirá de matriz de reticulado donde se inscribirán todos los hechos de la vida, realizados en un tiempo histórico y, por lo tanto, irreversible.

Pero aquí también se produce un doble efecto. Porque esta marca instaurada por la Prohibición del Incesto que en cada sujeto es sufrida de manera singular, por la impronta que le imprime la estructura edípica y particular, porque se da en un contexto concreto que le imprime, a su vez, una forma determinada, convierte a la repetición en memoria, y a partir de ella se construye una historia. Surge un juego inacabado de presencia y ausencia, una combinación perpetua e inseparable de lo estructurante, primario, fundante e inaccesible y de lo acontecimental histórico que permite la encarnación de sus variaciones.

Los hombres se convierten en sujetos de deseo, de deseo de otro, y por lo tanto ningún objeto tendrá interés, ninguno lo satisfará, salvo que esté en otro<sup>4</sup>.

Es decir, esta fuerza, causa primera o “voluntad” que funda al hombre como tal, no tiene dirección, es ciega. Impone la orden “hay que desear”, pero no dice qué. Es el punto donde se precisa esta ruptura del orden natural. Sólo la cultura, las culturas en sus manifestaciones históricas concretas, “fabricarán” los objetos a los que tenderá el deseo sin satisfacerse nunca totalmente y construirá los modelos o ideales que hay que alcanzar.

Por esto, el objeto debe ser siempre mostrado por otro, ya que esta construcción que los hombres llaman “Yo” no es más que una constante búsqueda de un lugar fuera de sí. El Yo está siempre en otro lugar buscando el objeto que selle su completitud. Consecuencia, parece ser, de la aparición de nuestro psiquismo que es fruto, a su vez, de un desfasaje entre la posibilidad de percepción de la imagen de nuestro cuerpo como completa y la imposibilidad psicomotora de lograrla.

En este corrimiento del tiempo, en que nuestro imaginario se constituye “fallado”, se instaura la matriz simbólica, originaria del nuevo orden que intenta suplir la deficiencia.

El juego de relaciones entre ambos órdenes, imaginario y simbólico, será permanente. Se crean mitos que prometen la completitud perdida, se instauran

ideologías que intentan suplir la diferencia. Todos los discursos de las culturas responden a las ilusiones de crear significados “más completos” que puedan dar cuenta de lo real inaccesible en mayor grado.

La Antropología surge como uno de estos discursos. Aparece como consecuencia del impacto de lo diferente, lo aberrante, lo siniestro, aquello imposible de incorporar por una cultura, la europea, cuando se descubre el Nuevo Mundo.

Desde su origen intuye, pese a su extrañeza, que hay algo en común. A esto se lo llama “naturaleza humana”, comenzando un largo camino de estériles abstracciones. Se hace necesario, entonces, que algo aparezca como garantía, que estas formas concretas que crean los hombres tengan como soporte alguna “forma verdadera”. La Filosofía y la Metafísica clásicas están obsesionadas, a partir de Sócrates y Platón, por la búsqueda de la cosa en sí, de la esencia que sea sostén de la diferencia y del movimiento. Cuando estas diferencias aparecen concretamente en un sector del mundo, hasta el momento desconocido, surge la pregunta por el sí mismo, como dice Lévi-Strauss<sup>5</sup>.

La garantía tenía, necesariamente, que residir en el mundo europeo. Era designio divino, primero, y luego privilegio alcanzado mediante un largo proceso de autoconciencia que posibilitaba la libertad de los espíritus.

Otros mundos desarrollaron y vivieron otras historias, fruto de maneras diferentes de efectuar este proceso inacabado de la “hominización”, pero no pueden ser admitidos en el modelo porque no encuadran en el mito fundante. La única manera de solución es “inyectarle” su fórmula y anular de esta manera todo intento de proceso diferente.

Curiosamente, la Antropología, que surge en un contexto de afirmación de este modelo, descubre un “abanico de posibilidades” diversas y que la historia no es lineal, que el proceso evolutivo se da por saltos y como efecto

de combinaciones. A diferencia de los objetos naturales, los creados por los hombres necesitan de un modelo externo, deben ser copiados de otros. A diferencia del hornero que, por las determinaciones de su ley interna instintual, hace su casa siempre igual, el arquitecto humano debe realizarla primero en su cabeza, se la debe representar<sup>6</sup>. Esto vuelve a los objetos humanos discontinuos y heterogéneos. El caballo deviene del híparyon, pero un hacha de mano no nace de otra hacha de mano<sup>7</sup>. Como consecuencia de esta carencia de ley interna los hombres deben producir estos objetos socialmente, con otros hombres entre los cuales serán intercambiados.

La Antropología, que surge como una ciencia que en principio intenta reafirmar a esa “forma verdadera”, descubre, sin embargo, en sus indagaciones un doble aspecto.

En primer lugar, lo que aparece como efecto de lo estructurante, fundante y primario, que hace humana a esta especie. Esto es:

- Los hombres transforman la naturaleza, producen mediante un trabajo que realizan socialmente.
- Constituyen un grupo que existe porque tiene un pasado común que, a su vez, adquiere valor proyectado hacia un futuro. Es decir, historizan su existencia.
- Por su parte, cada uno de los sujetos que surgen de este proceso se encuentra motivado y activado por una fuerza que lo hace actuar, ponerse en los lugares que el grupo le asigna.

Así el deseo, el trabajo y la historia aparecen como los ejes que atraviesan toda manifestación de lo humano. Esta trilogía surge por que, para su existencia en un mundo regido por una ley externa, los nombres necesitan como única posibilidad de superación entre un Yo y el Otro la instauración de la reciprocidad que da lugar al intercambio<sup>8</sup>.

Nada debe ser definitivamente retenido. Para obtener significación deberá circular y unirse a otras significaciones. Tampoco nada debe ser definitivamente

cristalizado, de lo contrario devendrá en obstáculo para esa circulación y engendrará en los pueblos la decadencia y en los sujetos la enfermedad.

La Antropología también descubre que estos ejes y esta ley sólo se manifiestan en situaciones concretas a través de instituciones que tienen nombres y les dan forma. Por lo tanto, junto a lo invariante que, por otro lado, permanece oculto porque no se manifiesta al desnudo ni descarnado, está siempre lo contingente que es aparente, que fluye, deviene y se transforma. Descubre así que no puede haber una fórmula verdadera que invalide a las demás, salvo que ésta sea impuesta y someta a las otras.

Precisamente, éste fue el hecho que sucedió, una fórmula, un método que actuó como un virus<sup>9</sup>. Paralizó las historias de miles de pueblos, les hizo creer que existía una única historia y se convirtió en el espejo absoluto que decía la verdad, tal cual lo narra uno de sus antiguos cuentos tradicionales. Toda mirada debía ser dirigida hacia él, todo el resto de los mitos y las creencias eran falsas. Todas las religiones, supersticiones y magia. Sus conocimientos, simples ensayos infantiles. Las vidas, sacrificios y trabajos de sus hombres, esfuerzos irracionales.

Bajo la guía de ese afán imaginario de superioridad, motivado, tal vez, por el terror y el fantasma amenazante de la diferencia, muchos de estos pueblos fueron exterminados de una u otra manera, físicamente algunos, culturalmente todos. Esta "fórmula inyectada" anuló la acción, resquebrajó la identidad y nos convirtió en sujetos doblemente descentrados: una, por estructura ineludible, la otra, porque nos vemos como extraños, nos miramos encandilados bajo la mirada de otro, dependemos de sus actos, esperamos su consentimiento. Al haber sido introducidos en una historia ajena, la propia se oscurece, surge siempre como resto informe. Ha sido auto-denigrada, ya que ésta es condición, pre-requisito para la imposición de otros valores.

¿Podemos pensar en una Antropología que produzca una inversión de los lugares que, desde nuestra posición de objetos sujetos, nos permita virar a la

de sujetos poseedores de un destino particular? Tal vez, algunos de los discursos teóricos que fueron inventados para estudiarnos como objetos extraños nos sirvan, siempre y cuando sepamos darles el justo valor de instrumentos. Pero no queda otro camino que la invención de nuevos sentidos, otra posibilidad que dar vuelta la mirada, cambiar de espejo, buscar entre los restos y, como en el *bricolage*, armar nuevos conjuntos.

Desde nuestra posición de marginados la tarea es ardua, pero, a su vez, esta situación nos coloca en un lugar privilegiado pues hemos quedado fuera de este plan unilineal, hemos sido arrojados del paraíso para el cual no estábamos destinados.

Tendrá que servirnos la experiencia. No presuponer un único camino, no someternos, sino, por el contrario, integrar las diferencias. No marginar ni desechar, sino utilizar todos y cada uno de los restos.

Cuando se reconstruye una historia aparecen fragmentos olvidados y se establecen con ellos nuevas conexiones de sentido. Si alguna tarea todavía puede cumplir la Antropología<sup>10</sup> (pero una Antropología comprometida desde una perspectiva histórica e ideológica y no disfrazada de avalorativa, acrítica y ahistórica, para encubrir de esa manera su verdadera ideología dominante) en el mundo semi-colonial, será de la de construir desde los restos, instaurar el juego de las diferencias y poder reencontrarse, en nuestro caso, con la identidad latinoamericana que hoy, por efecto nefasto de habernos convertido en una semi-colonia, se nos presenta como difusa, lejana y extraña<sup>11</sup>.

## Notas

<sup>1</sup> El presente trabajo fue presentado en el II Congreso de Antropología Social, realizado en Buenos Aires en agosto de 1986, y es sólo un esbozo para intentar constituir un pensamiento antropológico desde una perspectiva latinoamericana, partiendo de nuestra propia perspectiva histórico-política y siguiendo el camino trazado por nuestros pensadores nacionales: Scalabrini Ortiz, Jaureche, Abelardo Ramos, etc.

<sup>2</sup> Heráclito, fragmento 4, en Mondelfo, *Heráclito*, Siglo XXI, 1986, p. 31.

<sup>3</sup> Lacan, J., *El Psicoanálisis al revés*, Seminario.

<sup>4</sup> Lévi-Strauss, C., *Las estructuras elementales del parentesco*. Cap. VII. Paidós, Buenos Aires, 1967.

<sup>5</sup> Lévi-Strauss, C., *La Antropología como ciencia*, cap. "Las tres fuentes de la reflexión etnológica". Anagrama, México, 1979.

<sup>6</sup> Marx, C., *El Capital*, cap. "El proceso de trabajo y valoración", V, Tomo I.

<sup>7</sup> Lévi-Strauss, C., *Antropología Estructural*, cap. XVIII, "Raza e Historia", Ed. Siglo XXI.

<sup>8</sup> Levi-Strauss, C., *La ilusión arcaica*, op. cit.

<sup>9</sup> Caruso, P., *Conversaciones con Lévi-Strauss, Lacan y Foucault*. Ld. Anagrama, p. 43.

<sup>10</sup> Alberti, Blas M., *Ciencias Sociales y realidad nacional*. Macchi, Buenos Aires, 1985.

<sup>11</sup> "Reflexiones latinoamericanas en torno a la marginalidad social y su incidencia en las transformaciones socio-culturales". Cuadernos de Antropología N° 13. Psicodeia, Buenos Aires, 1985.